

EL REVÉS DE LA NOCHE

Un día, la luz se fue de casa. Regresaba del trabajo, eran las cuatro de la tarde, abrí la puerta, dejé las cosas en la entrada, le dí al interruptor del pasillo y no pasó nada. Se habrá fundido la bombilla, pensé, no me apetece cambiarla ahora, lo haré por la mañana más tranquila. Fui a la cocina para hacer un café y cuando le di al botón de las placas de inducción, tampoco pasó nada. Encendí el microondas, la radio, la tele, probé todas la lámparas pero ni caso. Me acerqué al cuadro de luz, bajé y subí los plomos uno a uno, otra vez el mismo recorrido eléctrico y más nada. Asustada, decidí que lo mejor era coger el coche, ir al pueblo y llamar desde un locutorio. Agarré las llaves, cerré la puerta y cuando estaba bajando las escaleras vi cómo el furgón de la compañía eléctrica se alejaba. Bajé rodando y grité, pero nadie me oyó; estaba sola. Abandoné la idea de ir al pueblo, miré al cielo, el sol declinaba, me quedaba poco tiempo. Abrí el buzón y descubrí la carta: corte del suministro por impago. Volví a subir, me fui a la cocina y vacié la nevera, acababa de hacer la compra, con lo cual no supe dónde dejarlo todo. Metí lo que cabía en un cajón de plástico, lo saqué fuera y tiré el resto. No podía detenerme, tenía que darme prisa antes de que cayera la noche. Me duché con agua fría, preparé mochila y ropa, las puse en la entrada para no tener que buscar a la mañana siguiente. Saqué las tres velas, la linterna, la caja de cerillas, algunas pilas junto con el desgraciado móvil sin batería, todo amontonado en la mesa. Imaginé una estrategia luminosa: primera vela en el salón, otra en la cocina y la tercera arriba en la mesita de noche. Me quedé con la linterna y las cerillas en el bolsillo para tenerlas siempre a mano. Salí a la terraza e intenté tranquilizarme un poco aguardando la puesta de sol.

Miré fijamente al sol el mayor tiempo posible, como si quisiera imprimir la luz en mis retinas para luego iluminar la oscuridad con la mirada. Aguanté mi fantasía hasta volverme ciega. Luego se acercó el crepúsculo, más discreto y educado, o así me lo pareció cuando vi con qué tacto devoraba los relieves y contornos. Finalmente la noche se impuso y me engulló. Claramente la vi, deslizándose entre los muebles, rastreando rincones, lamiendo paredes y recobrando el terreno que siempre había sido suyo. Empuñé la linterna, apunté hacia delante y entré. Lo primero que hice fue explorar la planta baja, tropezaba con todo y cuando me caía daba la vuelta inquieta. Perdí la noción del espacio y terminé rozando paredes. A cada obstáculo me agachaba y reptaba. Alcancé la mesa del salón, dejé la linterna en el suelo, saqué las cerillas del bolsillo y encendí la vela. Me senté en el suelo y empecé a observar el lugar. No parecía mi casa. Reconocí algunos muebles, adiviné colores y descubrí esquinas olvidadas por la luz del día. Algunos espacios se volvieron más largos, otros desconocidos surgían de las tinieblas. Sentí curiosidad y vela en mano empecé a deambular por

mi nuevo mundo. No hay de que preocuparse, pensé, olvídate, mañana todo volverá a la normalidad. Subí a mi habitación dejando las velas consumirse solas, no cené y me acosté pronto.

Al día siguiente me desperté tarde, no sonó la alarma y tampoco el teléfono. Seguía sin corriente eléctrica pero no quise pensar más en ello. Lo mejor era aprovechar la oportunidad y disfrutar de la mañana sin hacer nada, ya me plantearía luego volver o no a la novela que estaba escribiendo. Caí otra vez en un sueño profundo. Al rato sentí un picor agudo en los párpados, algo irritante y violento que me impedía continuar durmiendo. Saqué la cabeza de debajo del edredón, abrí los ojos y el día me deslumbró. Las cortinas medio abiertas dejaban filtrar la luz, y eso me fastidió hasta tal punto que tuve que levantarme para cerrarlas. No hubo manera. Al tirar por la derecha se abría por la izquierda, pasaba por el otro lado y lo mismo. Bajé corriendo a la cocina, abrí el primer cajón y saqué la cinta adhesiva y unas tijeras. Regresé a la habitación, saqué una vieja manta del baúl que coloqué encima de la barra. Luego con la cinta rodeé la manta hasta tapar todas las aberturas y sellarlo todo contra la pared. Estaba agotada, la oscuridad me arropó con su dulzura y me dejé caer en la cama. El sol no había podido conmigo. Más tarde me levanté porque sentía hambre, supuse que se me había pasado la hora de comer porque la casa andaba ya en semipenumbra. Fui a ver el cajón de comida que había dejado fuera, no quedaba nada. Al ver los restos desparramados en el jardín, deduje que algún animal había venido a robarme. Logré salvar algunas frutas, unas lonchas de jamón y pan de molde. Con eso basta por hoy, pensé, encontrarme con gente, oír su voz, es peor que permanecer a oscuras. Sólo quería quedarme en casa y esperar. Tampoco me hacía falta ducharme, el agua fría no me apetecía nada. Salí fuera pero los últimos rayos habían huido. Las temperaturas descendieron enseguida, me eché por encima una vieja chaqueta de lana gruesa, me senté en la mecedora de tercio pelo verde y esperé a que me atrapara la oscuridad.

Aquella noche era opaca, no quedaban cerillas para prender las velas y al levantarme la linterna que tenía en el bolsillo se cayó y se rompió. No sirve de nada seguir resistiéndose, pensé, no doy la talla, eso es todo. Tenía que acostumbrarme, penetrar sus entrañas y encontrar la manera de ver a través de su espesura. Me quedé quieta, los ojos abiertos clavados en una sola dirección. Primero vislumbré formas borrosas, luego la vista se fue afinando y los volúmenes cobraron vida. Me levanté caminando con las manos tendidas hacia adelante, poco a poco los brazos bajaron por sí solos. Reconocía el espacio, adivinaba dónde estaba cada cosa y avanzaba cada vez más rápido. Ya no me guiaba la vista, sino los ruidos: el goteo lejano de la ducha, el crujido del contrachapado en la habitación, el aleteo de los bichos en la ventana del pasillo.

Empezaba a notar las distintas temperaturas elementales, luego los olores, apreciaba las corrientes de aire entre las habitaciones. Al final, terminé sabiendo dónde estaba en cada momento. Podía cerrar los ojos porque ya no hacían falta. Cuando me perdía, el tacto tomaba el relieve y hacía su trabajo de guía. Caminaba a cuatro patas, saltaba, corría y bailaba. La noche era un poco mía y yo enteramente suya.

De repente me deslumbró la luna, perdí el equilibrio y me golpeé la cabeza contra la esquina de la mesa. Me chorreaba sangre por la ceja, me ardían los ojos, no veía y tampoco oía nada. Me arrastré hasta la cocina en busca de un refugio, localicé la pequeña puerta de madera debajo de las escaleras donde guardaba las cosas de limpiar. Me puse de rodillas, busqué el cerrojo con los dedos, levanté la palanquilla y me deslicé en el desván. Dentro estaba a salvo, *lograba así una zona de seguridad, una tregua donde pensar* hasta el amanecer.

Por la mañana me desperté en la misma posición en la que me había quedado la noche anterior, sentada entre escobas, la dos manos agarradas a la puerta para que no se abriera. La sangre en la cara se había secado, pude abrir el ojo derecho pero los párpados del izquierdo estaban sellados. Da igual, pensé, no voy a necesitarlo, me apaño muy bien sin ver nada. La cabeza me dolía, tenía hambre, la luz que veía filtrarse por debajo de la puerta empezó a preocuparme. No puedo salir, pensé, el sol me matará, lo intentaré por la tarde mejor. Encontré un viejo trapo que enrollé y coloqué en el suelo pegado a la ranura. Tiré de un hilo que sobresalía de la chaqueta, lo corté con los dientes, hice un nudo al tornillo del cerrojo y otro a la muñeca. Liberaba así mis manos de la sujeción y mantenía la puerta cerrada a distancia. Me retiré al fondo de mi cueva, sólo me quedaba esperar. El día pasó como una lenta agonía, la cabeza me daba vueltas cada vez que me movía, a la fuerza se me dormía la mano atada y cuando me daba cuenta tiraba con todas mis fuerzas para que no se abriera la puerta. El hilo se iba consumiendo rápido, temía que se rompiera en cualquier momento. No podía bajar la guardia, tenía que seguir vigilando. Y la noche llegó, apaciguando mi llaga, dulce y silenciosa. Recubrí mis sentidos y salí en busca de comida. En un cajón encontré una galletas olvidadas que me metí en los bolsillos. Luego decidí cubrir todas las ventanas de casa, los agujeros y las aberturas. Gasté toda la cinta así que utilicé ropas, sábanas, cualquier cosa que encontraba. Todo valía para tapar. Subí al primer piso en busca de un martillo, lo encontré en un cajón debajo de la cama junto con los clavos. Al levantarme vislumbré una forma en la pared. Me acerqué con cuidado, vi cómo se expandía, apareció un cuerpo, unas piernas, el tronco, los brazos, el cuello, la cabeza y un rostro con dos puntos brillando en la oscuridad. Delgada, el pelo revuelto y sucio, la cara magullada, lo que veía en el espejo no podía ser yo, *yo no era más que mi propia fuga*. Grité y hui, dejando

atrás mi sombra. Vacé mi cueva a toda prisa, arranqué el cerrojo y lo monté por dentro. Me refugí dentro y clavé los últimos trozos de madera para cubrir las rendijas. Una vez aislada, me fui alejando más allá de la oscuridad, me escapé hacia un lugar que la luz nunca volvería a iluminar.

No hacía mucho tiempo que la pareja había tomado posesión de la casa. Al llegar, tiraron los muebles, abrieron ventanas en todas las paredes y pintaron con colores claros. El sol rebotaba en los espejos y bailaba entre reflejos. De noche, un mar de bombillas alumbraba la oscuridad. Les encantaba el lugar. Un día en que estaban limpiando la cocina, descubrieron, debajo de las escaleras, una pequeña puerta condenada. No lo conseguirán, pensé, no quiero volver, ni hablar. Tuvieron que utilizar una palanca y al tercer intento la puerta se rompió en mil pedazos. Se acercaron para ver lo que había dentro, parecía estar vacío. Se agacharon y con una linterna llenaron de luz la cueva. Yaciendo en el suelo, apareció una chaqueta de lana gruesa.